

LA CÁRCEL EN NUESTRO PROPIO CUERPO:

Los trastornos alimentarios y la “histeria” como elementos de transgresión y vehículo para expresar la subjetividad femenina a lo largo de la historia y la literatura: siglos XVII, XVIII y XIX.

**Diana Rodríguez Peláez.
Universidad de Huelva**

**Para correspondencia:
dianarope1980@hotmail.com**

Resumen:

Desde que R. Bell publicara su libro *Holy Anorexia* en 1985, otros muchos críticos/as han investigado sobre los trastornos de la conducta alimentaria a lo largo de la historia. Utilizando como punto de partida este libro y el de L. Furst, *Disorderly Eaters* (1992), se hace un recorrido histórico y literario de la existencia de los trastornos de la alimentación desde la Edad Media, los siglos de XVII, XVIII, XIX hasta nuestros días. La tesis de este artículo es demostrar como las mujeres a lo largo de la historia han utilizado su cuerpo como único medio para expresar su subjetividad y como un instrumento de subversión y trasgresión a las rígidas normas sociales de cada época. El cuerpo aparece como único espacio donde las desposeídas de cualquier tipo de poder lo adquieren, aunque ello suponga caer en las redes más profunda de la de la enfermedad física y psíquica.

Palabras clave:

Trastornos de la conducta alimentaría, mujer, santa anorexia, histeria, literatura, historia, poder, trasgresión, rebeldía, subjetividad femenina.

Summary:

Since R. Bell published his book *Holy Anorexia* in 1984, many critics have researched about the eating disorders through history and literature. Having based on Bell's book and L. Furst's *Disorderly Eaters*, the article deals with the different eating disorders from the Middle Times, 17th, 18th and 19th century to nowadays from a literary and historical perspective. The thesis of this article is to demonstrate that women have used their bodies as the only device to express their subjectivity and as an instrument of transgression, subversion and power. The body as the only space where the powerless and dispossessed acquired power although this fact implies physical and psychological disorders.

Keywords:

Eating disorders, woman, holy anorexia, hysterics, literature, history, power, transgression, rebellion, feminine subjectivity.

A lo largo de la historia las mujeres han buscado diferentes estrategias para salir de la marginalidad que la ideología y el discurso machista imperante en las sociedades de cada época les ha asignado. Una de estas estrategias, a pesar de la consciente o inconsciente peligrosidad que ello conlleva, ha sido los desórdenes alimentarios y las conductas desarregladas a la hora de enfrentarse al ritual de la comida. El alimento se convirtió en un elemento con el que las mujeres fueron capaces de dominar, manipular, transgredir y tener poder, en virtud de su rebeldía y ruptura dentro del limitado espacio donde podían decidir sobre ellas mismas: sus cuerpos.

Partiendo de un capítulo del fascinante libro *Disorderly Eaters: Texts in Self-Empowerment* (1992)¹, concretamente el titulado “Angel’ s Food: A Case of Fasting in Eighteenth- Century England”², escrito por la historiadora Joanna B. Gillespie, me adentraré en el mundo de las conductas desarregladas y trastornos de la alimentación en algunas mujeres, tanto reales como ficticias a lo largo de dispares épocas históricas, para mostrar que encontraron en la trasgresión de la alimentación una manera de rebeldía y poder.

Desposeídas de voz, decisión o de cualquier tipo de poder, un cuerpo, su cuerpo, les hacía sentir control sobre ellas mismas. El poder para poder decidir, para expresarse y para que sus voces fueran escuchadas, para educarse, para escribir y...para soñar más allá de “*lo establecido como normativo*” dentro de lo que las diferentes culturas y sociedades les permitían, era, sin duda alguna, transgredir los cánones rígidos a través de los que se valoraban la moralidad o no de la mujer. Así pues, aquellas mujeres que se atrevieron a trasgredirlos fueron llamadas, algunas, locas e histéricas, otras, santas o brujas y poseídas, o en otras ocasiones, prostitutas y adúlteras dependiendo del discurso oficial de cada época. La invisibilidad a la que estaban destinadas las obligaba a mirarse y adentrarse en su propio ser, y lo único tangible con lo que se podían expresar era, a pesar de todas las consecuencias, sus cuerpos objetivizados. Recorreré épocas históricas donde este hecho ya era visible para analizar concretamente el siglo XVII, XVIII Y XIX, y destronar, en la última parte y, en última instancia como consecuencia de todo lo expuesto, el término de “loca e histérica”, atributo natural de la mujer desde hace siglos.

-
1. Comedores que comen con desorden : Textos con poder
 2. “La Comida de un ángel: un caso de ayuno en la Inglaterra del siglo dieciocho”

Me parece esencial destacar, desde un comienzo, que no intento trazar un marco histórico de la anorexia, ni de la bulimia o cualquier otro trastorno de la conducta alimentaria, ya que cada uno de ellos se debe a las exigencias personales y de una sociedad concreta basada en unos específicos postulados ideológicos, económicos, psicológicos, religiosos y políticos, entre otros muchos. Por ello, dado la marcada interdisciplinariedad desde la que se puede analizar este hecho, he usado fuentes y expertos en diferentes campos del saber. Así pues, la metodología seguida ha sido multidisciplinar ya que he intentado conjugar disciplinas tales como la psicología, la historia, la literatura y la religión de una manera transversal.

Rudolph M. Bell, importante psicólogo, escribió *Holy Anorexia* en 1985, ofreciendo un exhaustivo estudio histórico de mujeres, tanto europeas como de la América colonizada en los tiempos medievales, que padecieron conductas desarregladas con la comida, la mayoría monjas, desde el siglo catorce hasta el quince aproximadamente. Estas mujeres expresan mediante sus escritos o mediante lo que dijeron a sus confesores, una vida mística dedicada a Cristo, lo que incluía el ayuno y la desnutrición, la auto-mutilación, las alucinaciones, la auto-negación de cualquier deseo o, de lo que es más, de su propio yo. De estas mujeres, aquellas que murieron debido al hambre y al ayuno fueron sacralizadas por la Iglesia. Como dice Bell en su libro: “*It is obvious that these holy women were more likely than their male counterparts to practice ascetic- even bizarre- food rituals in lieu or excess of other ascetic behaviour*” (Bell, 2)³. Bell observaba, pues, que existían diferentes patrones de conductas en relación con la comida entre hombres y mujeres.

No obstante, la obra de Bell se complementa y adquiere más significado si la ponemos en relación con la obra de Bynum, *Holy Feast and Holy Fast: The Religious Significance of Food to Medieval Women*. (1987). Esta historiadora hace un estudio pormenorizado del ayuno de mujeres europeas tanto en la época medieval de manera general como en el específico contexto cristiano de la época.

De ambos libros se concluye que las mujeres que eligieron el hábito y entregar sus vidas a Dios, negaron todo instinto natural de sus cuerpos, asumiendo que era pecado y podían ser castigadas al sentir hambre y saciarla.

3. “Es obvio que para aquellas mujeres santas era mucho más probable que para sus análogos masculinos practicar ascéticos, incluso extraños, rituales con la comida en lugar o por exceso a otros comportamientos ascéticos.

4. *El Festín Sagrado y el Sagrado Ayuno: el significado religioso de la comida para las mujeres de la Edad Media.*

Una necesidad como la de alimentarse fue traducida como un placer pecaminoso, sancionado con el ayuno desmesurado que conducía tu alma, por tanto, al mundo de Hades.

Muchos han sido los estudios sobre la relación de la “santa anorexia” y la de nuestros días desde que Bell y Bynum publicaran sus obras. Manisha Saraf, una psicóloga estadounidense, puntualiza en su tesis doctoral en 1999 que el término “holy anorexia” fue un concepto usado hasta el siglo XVI y XVII para describir la desnutrición conseguida por muchos/as religiosos/as en un intento de alcanzar una mayor espiritualidad y cercanía a Dios. De una manera muy concisa y clara, argumenta que, aunque no hay una distinción física entre la “santa anorexia” y la anorexia nerviosa de nuestros tiempos, la diferencia fundamental radica en que la sociedad de antes y la de ahora interpretan, juzgan, y reaccionan al hecho de dejar de comer de forma totalmente distinta.

La “santa anorexia” fue respetada por la sociedad medieval como un método que la mujer utilizaba para limpiar y purificar su espíritu. De esta manera, no hubo ningún intento de detener esta práctica socialmente bien considerada ni, por supuesto, era vista como una enfermedad. Por el contrario, la sociedad contemporánea considera la anorexia nerviosa como una enfermedad mental hija de una sociedad capitalista y consumista que exige un nivel de exigencia altísimo en lo que se refiere al concepto de “belleza” actual. Por lo tanto, parece importante destacar que dichos trastornos de la conducta alimentaria no están solamente definidos por características físicas y determinados comportamientos, sino también por las percepciones e interpretaciones de la sociedad en la que aparece.

Esta idea es también apoyada por Lilian R. Furst, editora y coordinadora del libro *Disorderly Eaters Texts in Self-Empowerment* (1992), y por Joanna Gillispie en su capítulo dentro de dicha obra. Furst, especialista en Literatura Comparada, resume magistralmente en la introducción cómo en su libro se explorarán los retratos de los diferentes comportamientos ante la comida sin limitaciones históricas ni geográficas, desde la Medea de Eurípides hasta la *Sethe* de Toni Morrison, viajando desde Europa hasta América.

Furst sostendrá una de las premisas de la tesis de este artículo, esto es, que la ruptura de las normas en la alimentación representa un medio para reafirmar la voluntad

y la autonomía de una misma. Así pues, tanto el comer como el no comer serán una herramienta de poder y control sobre el propio yo. Pareciera como si el verse sometida a un acto tan coactivo como el dejar de comer o vomitar todo lo que se ha ingerido, permitiera ejercer más control y, de cierta forma, se tuviera un grado de elección al elegir cómo y qué comer.

Por ello, Furst opina que existen complejas relaciones subyacentes entre el acto de comer o no comer, el control y el poder. Lo que es más importante, parece que esta lucha y conflicto surge por la necesidad de reafirmarse en un plano mayor. La realidad subyacente a estas conductas desarregladas es la imposibilidad de la persona que la padece de poder expresar su subjetividad, su yo más profundo, ya sea porque no se le permite socialmente o porque no es conveniente decir ciertas cosas, lo que les lleva a crear un nuevo “orden”, con sus propias reglas y normas, que se refleja en la manipulación del cuerpo. En definitiva, es crear un nuevo espacio donde se “aparenta” tener un poder que fuera de una misma no se posee. De esta forma, no sólo se busca la reafirmación de dicho poder sobre una , sino que es una manera de rebelarse y oponerse al sistema social excluyente y sofocante. Sus víctimas expresan su desesperada situación en una silenciosa oposición hacia las normas y costumbres de subsistencia.

Dentro de este libro tan singular, encontramos un capítulo denominado “Angel’s Food: A Case of Fasting in Eighteenth- Century England” donde Gillispie, ensayista y historiadora crítica de los escritos autobiográficos de las mujeres del siglo XVIII, defiende en este capítulo, con un caso específico de una mujer del siglo XVIII, Hester Ann Roe, que los diarios metodistas son testimonios históricos de la realidad de este siglo y, argumentando que el ayuno para la mujer se presenta como una opción de rebelarse contra las normas impuestas por parte de la propia familia y sociedad, y a la vez, como una manera de buscar la interioridad espiritual , subjetividad y el autoconocimiento. Hester Ann utilizará el ayuno como una práctica para estar más cerca de Dios, pero también como rebeldía a los mandatos de su madre.

En esta época, el destino de estas jóvenes era la imposición del matrimonio por conveniencia económica, matrimonios concertados desde el nacimiento o la infancia en virtud de las necesidades. La madre de Hester Ann era viuda y había encontrado en el matrimonio de su hija un posible desahogo para la supervivencia.

Hester no sólo rechaza desde un principio esta regla sino que también se aparta, en un alarde de rebeldía, de la religión cristiana que promulga su familia y, practica la protestante metodista, no muy bien vista por la Santa Iglesia Católica. Así pues, se rebela ante el matrimonio concertado pero también ante el cristianismo para ser devota de una nueva forma de religión que había aparecido con el metodista Wesley.

Las doctrinas metodistas eran muy severas con el trabajo, el quehacer del día a día y promulgaba el ayuno como vía de purificación. Tomando dichas doctrinas en su máximo fervor, Hester Ann se verá inmersa en un ayuno extremo que la llevará a una existencia enferma y débil, y la conducirá a la muerte a la edad de 36 años. Lo más relevante de todo ello es que hoy sabemos de ello porque escribió un diario, típico de los/as metodistas, de sus experiencias y, que sirve de testimonio de la subjetividad de una mujer del siglo XVIII. Hester Ann desafía con la irracionalidad del ayuno al siglo de las Luces y de la Ilustración donde la razón es el principio imperante. Hester escribirá en su diario *Account*: “*My soul hath fed on angel’s food and lives on earth, the life on heaven*” (Hester Ann Roe, 1780)⁵.

Hester conseguirá con la práctica del ayuno desviarse de los cánones exigidos y encontrará en él un espacio para el conocimiento de su yo más profundo. En su caso, se unen historia y ficción, realidad y literatura, ya que consigue plasmar con su diario un testimonio subjetivo de las vivencias, sentimientos y comportamientos de una mujer del siglo XVIII en primera persona.

En este mismo capítulo al que venimos refiriéndonos, Bynum hace un contraste entre Hester Ann Roe y Santa Catalina de Siena, argumentando que las diferencias históricas de la época en la que cada una de ellas vivieron, las separan. Sin embargo, ambas tienen en común que fueron mujeres inteligentes, con personalidad y decisión que desafiaron las normas convencionales a través de la espiritualidad y la religión buscando su autonomía y autorrealización personal.

El caso de Santa Catalina de Siena no es el único que encontramos de religiosas y santas de la Edad Media que encontraron en el ayuno una manera de extrema espiritualidad y cercanía a Cristo, su esposo espiritual.

5. “*Mi alma se ha alimentado de la comida y vidas de los ángeles en la tierra, una vida celestial*”

De hecho Santa Catalina ya en el siglo XIV a sus 25 años escribió así a su confesor: “*Querido padre, le agradezco toda la santa dedicación y el celoso cuidado que usted muestra hacia mi alma, porque me parece que usted se preocupa mucho cuando escucha cosas de mi vida (...) Usted me escribió aconsejándome que le pida a Dios que me haga comer. Y yo le contesto padre mío, y se lo digo en nombre de Dios, que de todos los modos posibles yo me obligo a ingerir algún alimento una o dos veces al día (...) Muchas veces cuando hice lo que pude, me miro a mí misma para entender mi enfermedad y la bondad de Dios que por una gracia muy especial me permitió corregir el vicio de la glotonería...*” (Carlos Gomero, *El País de Nunca Comer*, 3).

En la historia de las santas católicas los casos de ayuno son comunes. De igual manera, hay datos históricos y hagiográficos que presentan a Santa Wilgefortis (*virgo fortis*) o Librada, una joven mártir portuguesa que rechazaba los alimentos que le ofrecían, ayunaba y, si la forzaban a comer, vomitaba como señal ésta de rechazo al matrimonio, a romper su voto de castidad y a no ser una buena sierva de Dios. Esta rebeldía, imperdonable en la Edad Media, hizo fracasar los planes matrimoniales de su padre, rey de Portugal. Se dice que suplicó al Señor que le privara de toda belleza en orden de preservar su virginidad y para ahuyentar la atención de los hombres. Esta Santa fue incluso adoptada en muchos países de Europa como santa patrona por aquellas mujeres que deseaban verse libradas de la atención masculina.

Santa Clara de Asís, en el siglo XIII, realizaba igualmente unos ayunos tan severos que empezaron a preocupar a su maestro espiritual, San Francisco de Asís, quien, en cierta ocasión, le pidió que comiera un poco más a pesar de que él mismo solía someterse a una rígida dieta de pan y agua. De la misma manera, está documentado como al otro lado del Atlántico, la misma Sor Juana Inés de la Cruz y Santa Rosa de Lima, Patrona de Perú, América y Las Filipinas, sometían su cuerpo al hambre y a la tortura como vehículo para acercarse a Dios o como trasgresión de las normas impuestas socialmente.

La historia de Sor Juana Inés de la Cruz es inquietante y, en muchos sentidos, fue temida y silenciada por sus contemporáneos. De la obra de Sor Juana había oído más bien poco hasta ahora, una monja más que ayunaba. Lo que nunca me enseñaron en los manuales de historia de la literatura fueron sus contribuciones al Barroco Hispánico. ¿Por qué ocupa tan sólo un apéndice en estos canonizados manuales? Está claro que no convenía, o bien por lo que decía o bien porque suponía un peligro para el perfecto

edificio de la Crítica literaria masculina. Esta mujer decidió enclaustrarse en un convento a estudiar, consciente de que las circunstancias de la sociedad del siglo XVIII la abogaban a un matrimonio concertado o bien a la vida recluida en un convento. Ante la escasa opción que tenían las mujeres en esa época, ella decidió, siguiendo sus principios, que iban en contra del matrimonio impuesto, tomar los hábitos. Pero más aún que una fuerza espiritual, lo que la llevó a decidir tal destino para su vida fue la conciencia de que allí podría acceder al conocimiento, al saber, a sus libros. Y rodeada de libros vivió y encaró a las máximas autoridades de la Iglesia como el arzobispo de la Ciudad de Méjico. Escribió obras muy interesantes como *La Respuesta a Sor Filotea*, y autos sacramentales con cargada crítica hacia el tratamiento de las minorías étnicas: mestizos, indios...durante la colonización española en América; no obstante, es *El Primer Sueño* el libro que se refleja la identidad de esta mujer tan valiente y trasgresora para la época en la que vivió.

Es una alegoría preciosa, Sor Juana cae dormida y sueña que sube a la montaña más alta, y desde allí es capaz de conocer el mundo y de adquirir todos los conocimientos para entenderlo. Sólo en la noche asciende a esa cima, entonces despierta y el sueño se acaba, y con él, todas sus pretensiones. No obstante, es el primer sueño por lo cual vendrá el segundo, y un tercero y así sucesivamente en un proceso cíclico, el día y la noche se suceden; y aunque ella sabe que su empresa está abocada al fracaso, nunca podrá satisfacer su ansia de conocer, no le importa este fracaso, ya que lo esencial para ella es que en ese proceso siempre aprenderá y adquirirá las herramientas necesarias para luchar con el mundo externo, el que le pone trabas para que su voz no sea escuchada ni leída por ser una mujer en el siglo XVII.

De ésta mujer se dice que padeció grandes ayunos y trastornos de la alimentación. Sin embargo, ella nunca habló de ello en sus libros ni en sus cartas. Lo que si se descubre de sus obras es una incesable lucha por conocerse, la búsqueda de una identidad negada por una sociedad misógina. Luchaba cuando se caía para volverse a levantar y, la lucha por conseguir un objetivo, como ella persiguió durante toda su vida a viento y marea, quizás pueda hacernos pensar que aunque caigamos una y otra vez la lucha inexorable es necesaria. Esta mujer, como otras muchas cayeron, estuvo condenada a las cárceles que le imponía la sociedad, sin ir más lejos, algo muy similar a nuestra situación actual: a la cárcel de nuestro cuerpo.

Santa Liduina de Chiedman, y la Santa española Teresa de Jesús se hicieron famosas por sus levitaciones debidas a sus estrictos ayunos y, por inducirse el vómito con una rama de olivo en el siglo XVI. Ellas también formaban parte de ese grupo de mujeres místicas que en tiempos antiguos encontraron en el ayuno una forma de ganar espiritualidad. De esta manera, fuese para alcanzar una espiritualidad abonada a los santos o fuese por un alarde de valentía al rebelarse a los patrones rígidos de comportamientos de una determinada época, durante muchos años la mujer no comía para llegar al cielo o al aquelarre de las brujas, en su defecto, porque les habían enseñado que la comida predispone al pecado. En otras ocasiones como ruptura brutal con lo que una sociedad, que te margina y silencia, hace habitualmente: comer. Lo trasgresor: no comer.

Sin embargo, bajo esta búsqueda acérrima de la espiritualidad de los ángeles o de la rebeldía social, se esconden mujeres de diferentes épocas y contextos sociales que rompieron las estrictas normas y convicciones sociales de una u otra forma. En su ostracismo y marginación, pudieron decidir escapar de los preceptos familiares que le imponían desde pequeñas, el matrimonio concertado, dedicarse a la vida conventual, pero, a la misma vez, con el ayuno consiguieron todas ellas ser, en la única parcela de su vida que realmente dominaban, su cuerpo, las verdaderas agentes de sus acciones. Su yo y su subjetividad más profunda alcanzaban autonomía y visibilidad. No sólo fueron recordadas en la historia como santas sino también porque dejaron testimonios, o bien escritos por ellas mismas, como el caso de Sor Juana Inés de la Cruz o Hester Ann, o bien por lo que dijeron a sus confesores de sus comportamientos y pensamientos. Ficción, historia y sociedad unidas dan fe de un fenómeno que se dio durante varios siglos en la vida de mujeres, y casi todas ellas religiosas.

Otro tema que me parece relevante en este artículo, es como la Iglesia no pudo controlar estos ayunos que sometían a dichas mujeres a levitaciones y alucinaciones. La Iglesia encontró estos comportamientos, sólo explicables por la falta de alimentos, como prácticas demoníacas. Como la psicóloga Fendrik expone en su libro *Santa Anorexia* “Entre el siglo XVI y el XVIII se cometió un holocausto contra las mujeres, acusadas de brujas, que en la cultura popular están representadas como viejas esqueléticas. Por eso yo establezco una continuidad en el país de de “nuncacomer” entre santas y brujas...La Iglesia tenía una enorme preocupación por ese estado de privación alimentaria. Las chicas trasgredían las normas del ayuno, aquel que servía para purificar el espíritu. La cuestión estaba en el límite. Tanto que la Iglesia temía estados

de posesión diabólica. La semejanza entre la auténtica religiosa y la poseída por el demonio era muy difícil de establecer, en primer lugar, porque ambas acreditaban poderes sobrenaturales y, sobre todo, compartían un lugar común: vivir casi sin alimentarse, con la consiguiente sospecha, cargada de curiosidad y angustia, de clérigos y laicos, de doctos y legos, según la época” (Fendrik, , 27)

Y nos movemos al siglo XIX con otro caso diferente pero muestra una vez más de las consecuencias inexplicables del “*nuncacomer*”. Nos situamos en el siglo del progreso, cuando las “posesiones” se creían ya desaparecidas de la faz de la tierra, “las poseídas de Morzine” en una región al sur de Francia interpretaron un libreto que evocaba el mismo teatro diabólico que habían presenciado Europa en siglos anteriores, cuando alrededor de las poseídas se apretaban filas de exorcistas, de inquisidores, y de todo tipo de gente absolutamente convencida de la existencia del demonio. En esos “antiguos tiempos” de apenas uno o dos siglos anteriores, los médicos no se involucraban o si lo hacían de ningún modo se autorizaban a afirmar que podría tratarse de enfermedades y no de estados de posesión diabólica.

Casi la mitad de la población femenina de aquella región comienza a sufrir ataques en los que insultan, se arrastran por los suelos y se niegan a comer, vomitando cada vez que lo hacen. Exigen ser exorcizadas, pero la Iglesia no responde del mismo modo que lo hizo dos siglos atrás cuando practicaba el exorcismo y la caza de brujas. Esta vez reconoce que las brujas no existen y que se tratan de algún tipo de enfermedad, no son poseídas; por lo que recurren a la intervención médica y sanciona a los miembros del clero que siguen practicando el exorcismo.

Es la primera vez que el discurso médico prevalece sobre las creencias religiosas y el saber popular. La “epidemia de histéricas” pudo pararse, pero muchas fueron destinadas a hospitales psiquiátricos. El asunto caería en olvido, sin embargo, los periódicos de la época suizos, ingleses y franceses ofrecen testimonios abundantes de la gran resonancia que tuvo este acontecimiento.

Dicha “epidemia”, que se sitúa en el siglo XIX, nos lleva también de nuevo a la ficción reflejo de la sociedad existente. Como hemos dicho anteriormente, realidad y literatura, ficción e historia siempre van cogidas de las manos ya que de una u otra manera una se influye a otra. En las novelas del siglo XIX aparecen también conductas desarregladas de la conducta alimentaría. De hecho, Lilian Furst, en el capítulo que ella misma escribe en *Disorderly Eaters*, llamado “The Power of the Powerless: A Trio of Nineteenth-Century French Disorderly Eaters”⁵, analiza los comportamientos

desarreglados con la comida de tres protagonistas de la novela francesa del siglo XIX: Madame de Mortsau de la obra de Balzac *Le Lys dans la vallée* (1835), Emma de la obra de Flaubert *Madame Bovary* (1867) y Gervaise de la obra de Zola *L' Assommoir* (1877). Estas tres protagonistas pueden parecer lejanas si tenemos en cuenta las circunstancias sociales en las que se mueven así como sus características personales. No obstante, las tres muestran sus deseos y frustraciones indirectamente en patrones desordenados de la conducta alimentaria exhibiendo un mecanismo psicológico similar al expresar su rabia reprimida a través de la ausencia o el abuso de comida. Así pues, a través del comer/ nunca comer, las tres reclaman, según Furst, una manera de poder sobre ellas mismas y sobre los demás, un poder que les ha sido negado por la configuración de la sociedad en la que cada una de ellas vive. Para estas mujeres, por tanto, los desórdenes en la conducta alimentaria, en una u otra forma, son la única manera de hacer frente a una sociedad tan estigmatizada y jerarquizada, aunque paradójicamente e irónicamente sus protestas son auto-destructivas. Si embargo, la elección de comer en un estilo u otro es el único terreno donde estas mujeres tienen la libertad de tomar la propia decisión de sus destinos.

Como hemos dicho anteriormente, ya en la epidemia de las mujeres de Morzine, muchas fueron a psiquiátricos, ya que estamos en el siglo de la razón y la ciencia y la medicina adquiere importancia sobre la religión.

Es el siglo XIX, no el de las santas que ayunan, sino el de las histéricas. Agujas, encierros, castigos, descargas eléctricas para hacerles confesar que todo era puro teatro, son algunos de los apenas disfrazados métodos inquisitoriales revividos por la psiquiatría del siglo pasado. Sin ir más lejos, la propia Virginia Woolf, Charlotte Perkins Gilman o Silvia Plath, consideradas “histéricas” o “locas” por muchos, padecieron a principios del siglo XX algunas de estas torturas psiquiátricas y así lo cuentan en sus obras. “Tales histéricas” como Virginia Wolf y Silvia Plath, que finalmente encontraron en el suicidio su última válvula de escape, rompieron todas las reglas y desmontaron las teorías literarias de la época.

6. “el poder de los deposeídos de poder: Un trío de comedoras con desórdenes en la alimentación en el siglo diecinueve francés”

Wolf engendró conceptos tan importantes como la subjetividad, especialmente la femenina, el subconsciente literario, la diversidad de voces y perspectivas del sujeto postmoderno así como Sylvia Plath, con su poesía, arte de hombres, deja testimonio de la dureza de ser mujer, madre, esposa, amiga y negar tu identidad disfrazada en la que otros han creado para ti, en definitiva, una mujer de carne y verso. De ambas se habla que padecieron fuertes crisis nerviosas causadas por la falta de alimento.

En el siglo veinte han sido varias las escritoras que han querido retratar desde el punto de vista de la subjetividad femenina a las tan estereotipadas “locas”. Incluso, en este siglo XX en el que todos/as hemos vivido, las mujeres que se rebelaban y rompían con las normas o estigmas impuestos sobre su género, sobre lo femenino, eran bautizadas como locas o enfermas, siempre con el vestigio aún cercano de la histeria femenina reconocida por muchos doctos como algo propio de la mujer. Uno de los argumentos que más soportaban esta idea era la descripción lingüística que nos traduce útero, vocablo procedente de la palabra griega *hystéra*. De ahí que todas las personas que tuvieran *hystéra*, es decir útero o matriz, serían irrefutablemente no sólo mujeres sino histéricas por naturaleza. También es cierto, que con las grandes aportaciones al conocimiento que hizo el psicoanálisis de Freud y en muchos de los casos, de sus interpretaciones erróneas usadas para marginar a la mujer por las cabezas científicas masculinas de la época, las mujeres fueron caracterizadas como “monstruos”, ya fuera por no ser seres completos al no poseer pene, de ahí la llamada “envidia del pene”, ya fuera porque su único papel en la vida fuera el de dar placer sexual a los hombres y reproducir su “gen” trayendo al mundo a una nueva generación que era el orgullo viril, reflejo de su masculinidad y puente para hacerse inmortales con la extensión de sus apellidos.

Relacionado con este hecho, y tomando la figura de la “loca” del autor griego Eurípides y su “Medea”, mala, instintiva, sensual y sexual, manipuladora y con voz por lo tanto loca, paso a demostrar como en varias novelas contemporáneas aparece esta figura. La escritora afroamericana Toni Morrison en su novela titulada *Beloved* presenta a una madre, una nueva Medea, simbolizada como Medusa, diosa de los revueltos mares y de las tormentas espeluznantes que llevaban a la muerte a miles de hombres valientes. La protagonista, Sethe, se vuelve “loca” y es rechazada por la sociedad porque mata a su hija. *Beloved* (1987) es basada en la historia real de Margaret Garner, una esclava negra quien mató a su hija en un intento desesperante de salvarla de la miseria y la indignidad de la esclavitud. Sin embargo, esta novela de Morrison es una narración

centrada en la subjetividad de una mujer que rompe con la falacia de la Historia, es decir, con la falta de representación o la representación errónea de las mujeres en una versión de la historia predominantemente masculina y misógina. Según esta crítica, Sethe es otra histórica más en el sentido de que su protagonista central puede leerse como una histórica; un ser cazado y sometido por un pasado, personaje que inconscientemente expresa una memoria reprimida de un trauma psíquico a través de un trauma físico, usando pues síntomas corporales y su propio cuerpo como medio para articular un discurso, que de otra manera, sería impronunciable y silenciado. Por otro lado *Beloved*, la hija de la protagonista está obsesionada con los dulces y el azúcar de manera compulsiva. Se habla incluso del canibalismo, de forma metafórica, por el amor maternal que no siente.

La locura o la histeria, siguiendo a la crítica feminista francesa, es el medio a través del cual las “desposeídas y sin poder” expresan su insatisfacción personal y muestran su desconcierto y aberración con la sociedad actual. Bajo esa aparente locura hay un amor que rompe con la lógica, Sethe mata a su hija para que no sufra, para que no se encuentre con el dolor, la misma historia. Además, es “loca” porque está rechazando, a su vez, otro estereotipo que cuelgan a las mujeres, el del instinto maternal y el de la buena madre. Sethe no quiere ser madre y traer a un mundo tan incomprensible y doloroso a una niña negra y cuyo destino es la de ser esclava.

Otra autora, en este caso africana, Bessie Head, muestra a una mujer, Elizabeth, cuya mente y subconsciente están fragmentados por distintas voces. De nuevo, aparece la voz de “medusa”, y la de dos hombres, Dan y Sello que simbolizan el bien y el mal, el rechazo de la interracialidad, a la sexualidad femenina, a la rebeldía, a las diferentes culturas y etnias, en última instancia, el rechazo a lo oficializado como propio de una mujer. Esta mujer está loca e histórica para todos/as los/as que le rodean y, no es, si no una mujer con un trastorno mental, única arma que su cuerpo y mente han encontrado para hacer frente a la sociedad en la que vive.

Parece que todos estos síntomas de los que vengo haciendo referencia no son propios de los tiempos posmodernos, ya que han sido descritos y denominados en distintas épocas de la historia: brujas, santas, históricas, anoréxicas o bulímicas. Parecen ser algunos nombres que se les han dado a estas mujeres problemáticas que no se ajustan al discurso dominante de la época.

Así pues, se puede llegar a algunas conclusiones. El síntoma repetido del rechazo a la comida puede recibir connotaciones muy diversas en función del discurso

imperante de cada época, desde la santificación y la admiración hasta la condena, represión o la marginación. De esta manera, podemos apuntar que dicho “síntoma psíquico” como tal siempre se construye pensando en el Otro del discurso del momento y con los instrumentos de conocimiento de cada momento. Así, la histérica en la Edad Media se veía como una poseída que gozaba con alucinaciones místicas en un momento en el predominaba el discurso religioso como amo del saber. A su vez, la histeria a finales del siglo XIX, entregaba su cuerpo doliente, con quejas corporales, a la mirada del saber médico, que, mediante la hipnosis y la sugestión, construía y completaba toda una teoría científica. Y la histeria de finales de este siglo nos muestra, con su cascada somatizada y rebelde, a los ojos de nuestro saber, un cuerpo sin lesiones que busca en la enfermedad orgánica y en el amparo de la técnica la confirmación de este saber actual que, dominado por lo científico, trata de alejar toda idea de psicologismo del malestar humano.

Alucinaciones religiosas en la época medieval, ayunos desmesurados y conductas desarregladas con la comida en el siglo XVII y XVIII, personalidades múltiples e histerias en los albores de la ciencia moderna, así como somatizaciones múltiples en este final de siglo técnico-científico, dan cuenta de síntomas contruados para el Otro del discurso de la época, es decir, predominantemente las mujeres.

De esta manera, podemos decir que cada época, gobernada por su discurso, tiene una manera de enfrentarse a estas “anomalías “ que presentan estas mujeres, que buscan oponiéndose a ese discurso gobernante y oficializado, procedente de una sociedad asfixiante donde no tienen cabidas las inquietudes, decisiones, elecciones, y la autonomía para ellas , una manera de rebeldía a través de la cual buscan su propio yo, sus voces, su independencia, su propia subjetividad, aunque para ello deban caer en la malévolas paradoja de aniquilar su propio cuerpo. Todo esto visto a través de un viaje que pasa por la Edad Media, los siglos de la Ilustración y la Razón, por el siglo de la Ciencia hasta nuestros días; por los documentos históricos y por los documentos de ficción, historia y literatura, realidad y ficción entremezclados que nos posibilitan llegar a un retrato de las sociedades que hemos analizado.

Como conclusión, creo que queda abierta la puerta para la reflexión. La mujer durante varios siglos hasta nuestros días ha utilizado la manipulación de su cuerpo como forma de protesta y rebeldía, como autorrealización y búsqueda de una autonomía en su ser que de ninguna otra forma podría alcanzar. En contra de los matrimonios concertados, en contra de los discursos dominantes, como búsqueda de la espiritualidad,

como trasgresoras de normas, entonces llamadas “histéricas”. En cualquier caso, todas en sus contextos históricos y culturales de sus épocas buscaban, de una manera que podemos considerar irracional y auto-mutiladora, un espacio, su espacio, donde reaclamar su deseo de decisión, su visibilidad y que sus voces fueran oídas, en definitiva, su deseo de ser mujeres con sus peculiaridades y características específicas, características que ellas mismas se atribuirían, en un mundo cerrado por la visión masculinizada de todos los sucesos y acontecimientos. Quizás mediante la privación alimentaría se estuviera y se esté expresando algo que tiene que ver con pautas culturales ligadas a la feminidad.

Referencias bibliográficas:

- Bell, R. *Holy Anorexia*. Chicago: The University of Chicago Press, 1985.
- Bowly, Rachel. *Still crazy after all these years: women, writing and psychoanalysis*. London: Routledge, 2002.
- Bynum, C. *Holy Feast and Holy Fast: The Religious Significance of Food to Medieval Women*. Pennsylvania: The University of Pennsylvania Press, 1987.
- Caminero- Santagelo, M. *The Women Can't Speak or Why Insanity is not Subversive*. New York: Cornell University Press, 1998.
- Cixous, H. *La risa de la Medusa: ensayos sobre la escritura*. Barcelona: Anthropos, 1995.
- De la Cruz, Sor Juana. *Inundación Castálida*, ed. Georgina Sabat de Rivers. Madrid: Castalia, 1982.
- Cruz, J." Invitación a la lectura del *Sueño* de Sor Juana", *Cuadernos Americanos*, 9:5 (53), 1995, pp11-33
- Dio Bleichmar, E. *El Feminismo espontáneo de la histeria: estudio de los trastornos narcisitos de la feminidad*. Madrid: Siglo XXI, 1991.
- Fendrik, S. *Santa Anorexia: el viaje al país del nunca comer*. Ed. Corregidor, Buenos Aires, 1997.
- Flax, Jane. *Thinking Fragments: Psychoanalysis, Feminism and Postmodernism in the Contemporary Western society*. California: University of California Press, 1990.
- Freud, S. *Escrito sobre la histeria*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- Furst, L & Graham, P. *Disorderly Eaters: Texts in Self- Empowerment*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University, 1992.
- Gamero, C. "La insoportable levedad del Nuncacomer. Primera Parte: Santas y Brujas". *Revista Vivat Academia*, Año IV, nº 36, 2002 (1-47)
- Garrido Aranda, A. *Los sabores de España y América*. Córdoba: La Val de Onsera y Diputación Provincial de Córdoba, 1998.
- Gillispie, J. "Angel's Food: A Case of Fasting in Eighteenth- Century England". *Disorderly Eaters: Texts in Self- Empowerment*. Eds. Furst, L & Graham, P. Pennsylvania: The Pennsylvania State University, 1992.(95-112)
- Grosz, E. *Lacan: a feminist introduction to Jacques Lacan*. London: Routledge, 1990

Head, Bessie. *The Power of Head*. Oxford: Heinemann, 1974.

Lupack, B. *Insanity as redemption in Contemporary American Fiction: Insanes running the Asylum*. Gainesville: University Press Florida, 1995.

Manisha S. "Holy Anorexia and Anorexia Nervosa", en *Anorexia Nervosa*. Washington D.C: George Washington University Press, 1999.

Moi, Toril. *Teoría Literaria Femenina*. Madrid: Cátedra, 1988

Morrison, Toni. *Beloved*. New York: Plume, 1988.

Wilentz, G. *Healing Narratives: Women Writers curing cultural dis-ease*. New Jersey: Rutgers University Press, 2000.

Web-sites

www.mexicodesconocido.com.mx

www.ingesa.msc.es/ciudadanos/suSalud/jovenes/anorexia/aspectosHistoricos.htm

www.grupo-ambrosia.com/libros/nuncacomer/05-01-23-viva.html